



Infra

Irving Daniel Robledo Girón*

Todavía no terminaba sus estudios universitarios, pero Alfredo ya había ganado un par de concursos de narrativa. Nada trascendente, certámenes escolares; es todo. Su estilo, según él, emulaba la ficción sobrenatural o el terror especulativo. Recientemente comenzaba a sentir fascinación por el horror cósmico: otro fan más de Lovecraft.

El escenario donde se desarrollaban sus historias, atrevidamente, es la Ciudad de México. No es el omnipresente Brooklyn ni la brumosa Londres conveniente para la novela negra. Su escritura no presentaba la manía de evitar los adverbios, no encontraba particular interés en el bullying, las mujeres cubiertas de sangre mucho menos los payasos devoradores de mundos ni la obsesión con el ojo enfermo.

Alfredo encontraba como fuente de su producción un hábito, tal vez morboso. Visitaba con frecuencia los cafés internet, pero no con la finalidad de imprimir su tarea o fotocopiar un libro que no puede comprar, como cualquier universitario. Llegaba, solicitaba asiento frente a una computadora, sacaba un disco duro portátil de su mochila y guardaba en el todo cuanto encontraba en la bandeja de descargas, la papelera de reciclaje o con mejor suerte en memorias usb olvidadas. Textos, tareas, currículums, fotografías, cualquier mierda que alguien no se tomara el tiempo para eliminar, resultaba atractivo ser visto e incorporado al imaginario de sus irreales historias, y al inmenso archivo repartido en categorías el cual podría resultar un fabuloso experimento social.

Una tarde sucedió algo que llamó la atención de Alfredo. Al revisar la máquina 8 de "Papelería El Roble" extrajo los únicos tres archivos que contenía el ícono de un cesto de basura. Los dos primeros no resultaron de importancia para él: un cartel de invitación a quien sabe cuál evento, un documento en formato en hoja de cálculo sobre gastos e

* **Estudiante de Maestría en Humanidades en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

ingresos; pero lo relevante fue un texto en Word, cuyo título decía "Infrahumano", y de autor un tal Daniel Irving, estaba escrito en prosa, aunque a primera vista no se identificaba si se trataba de un cuento, un ensayo o cualquier cosa. Cerró todas las ventanas de internet abiertas en el monitor. Ninguna era una red social. "Esas cosas ponen de manera visible toda nuestra información en el big data" pensaba.

Alfredo se dirigió a su domicilio, en el número 10 de la calle 96. Subió las escaleras hasta su "guardida", un cuarto aparte sobre la casa de su abuela. Sin distracción alguna, encendió su laptop, conectó el disco y abrió la carpeta guardada con la fecha de ese día. Abrió el texto y comenzó a leerlo. No tardó demasiado en descubrir que se trataba de un cuento breve, tal vez para ser entregado en una clase, como ejercicio solipsista de entretenimiento o como intento fallido para participar en un certamen literario. No le importó lo bueno o malo del texto. Despertó en Alfredo una curiosidad irresistible; leer la narración de Daniel Irving, (suponiendo que sea su nombre verdadero).

Hace un par de meses comencé a laborar en una librería de viejo en la calle de Donceles número 78. Encontré el empleo por casualidad mientras caminaba por las calles del centro: "Solicito personal, 25 a 30 años, conocimiento en libros, tiempo completo", decía el anuncio. Necesitaba el dinero dada mi precaria situación y las circunstancias no lo pensé dos veces. La rutina me ayudó a superar la melancolía en la que me encontraba. El olor a libros y el trabajo intenso me hizo olvidar.

Todo transcurría cotidianamente. Poco a poco retomé el ánimo para leer y comenzar de nuevo a escribir. Volvió mi obsesión por indagar en cualquier objeto parcial que representase una pregunta obsesiva. Entonces llegó ese día. Jamás llegué a creer que me vería involucrado en tal lío y ahora reflexiono cómo se me ocurrió semejante atrevimiento. Lo cierto es que desde esa noche del 17 de agosto no regresé a trabajar ahí. Tengo bien claro el día porque está inscrito en el diario que escribo desde hace dos años. Por supuesto no lo hago con el afán de plasmar mi progreso emocional como lo sugirió mi terapeuta. Para mí sigue siendo una manera de registrar la manera en que cada día gozo de mi propio aniquilamiento. Luego de lo acontecido

No era el único cliente extraño del lugar. De hecho, muchos, los más frecuentes, resultaban ser muy poco ortodoxos en sus hábitos y gustos.

en esa maldita fecha, busqué cualquier excusa para ausentarme hasta dejar por completo de laborar allí, de hecho, tardé bastantes días en pisar de nuevo esos rumbos. Hace falta decir que no he superado la costumbre de caminar sin mirar atrás y a mi alrededor cada cinco pasos.

Fue un viernes, y estaba lloviendo. Entró a la librería ese sujeto al que para fines descriptivos llamaré Rojo. No era la primera vez que venía a comprar. Como todos los días entre las cuatro y cinco de la tarde entraba para tomar algún ejemplar en oferta y llevárselo sin fijarse demás en el contenido. Asistía sin falta dos veces al día. La primera entre la una y las dos; la segunda, como lo mencioné, un poco más tarde. Desde las primeras veces que noté la reiterada presencia de Rojo me interesó su conducta, al grado de registrar la hora de sus visitas todos los días en la libreta que siempre llevo en el bolsillo trasero del pantalón. Soy una persona muy fijada en los detalles y me gusta escribir cualquier cosa que se me ocurra al momento.

En cuanto a su aspecto, Rojo aparentaba la tercera edad. Cabello escaso pero totalmente blanco. Siempre vestía una camiseta gris, pantalón de mezclilla y botas industriales. De estatura no llegaba al promedio nacional y posaba pronunciadamente encorvado. Su piel tenía un curioso tono rojizo. Hablaba de manera balbuceante. Entraba saludando cortésmente, dejaba encargada con el cajero o cajera del momento una bolsa muy sucia, de la cual se asomaba siempre la misma rama seca de un árbol y botellas de pet aplastadas. Luego, sin detenerse en alguna otra parte se dirigía a la mesa donde se encuentran amontonados los libros de 10 pesos. Tomaba uno, cualquiera. No tardaba en examinarlo y regresaba a la entrada pronunciando un apenas reconocible "me llevo éste". Pagaba siempre con cambio, guardaba el libro en su bolsa y se retiraba. Lo observé hacer eso durante semanas.

No era el único cliente extraño del lugar. De hecho, muchos, los más frecuentes, resultaban ser muy poco ortodoxos en sus hábitos y gustos. Sin duda, nadie más fiel y extravagante que Rojo. No me bastó con mirarle realizar su ya determinada rutina. Quise saber quién era, donde vivía y que hacía con todos los libros que se había llevado desde no sé que fecha. Muchas veces, cuando Rojo caminaba hacia la entrada de la librería, podía seguir con la mirada sus pasos hasta que desaparecía en las calles o entre la gente.

En una ocasión al salir a comer en mi descanso, sentado en una banca a un costado de la catedral vi de lejos

a Rojo acercándose a los transeúntes solicitando limosna. Me pareció todavía más extraño creer que parte del dinero obtenido lo gastara en libros sin algún interés, pero en efecto, al poco rato y tras unas cuantas monedas lo seguí y fuimos a dar a la librería.

La ocasión se dio en la fecha mencionada. Yo me encontraba alfabetizando un librero en la sección teatro, justo entre Schiller y Shakespeare cuando entró Rojo. Curiosamente, esa tarde, poco congruente con su costumbre, entró cuando el reloj marcaba pasadas las siete. Me encontraba a minutos de salir. Rojo se adelantó, pero yo apuré mis actividades y salí corriendo con el afán de encontrar la marcha de Rojo.

Comenzaba a lloviznar. No tardé en encontrarlo y casi emparejarme a su lento ritmo de caminata unos cuantos metros atrás. Sin apartar la vista ni vacilar en lo que acontecía a mí alrededor no dejé de seguirlo. Ahora, intento recordar en qué estaba pensando en ese momento y la verdad es que no estaba pensando en ninguna otra cosa más que en llegar a donde tenía que llegar y averiguar algo más sobre ese extraño personaje. Lo mejor hubiera sido no hacerlo. Pero, por extraña que pareciera su persona ¿cómo sabría que detrás de la apariencia de Rojo se ocultaba lo realmente monstruoso? Esa noche tuve la suerte de salir huyendo. Tuve la impresión de que, así como yo tenía bien asentada la rutina de Rojo, muy probablemente él también había hecho lo mismo, razón por la cual no podía volver al trabajo o a sus alrededores a expensas del miedo. Sí, sentí miedo, y aún tengo la impresión de que en cualquier momento me pueda tomar por sorpresa y acabar con mi vida. Aunque, probablemente, si sucediera al revés y fuera yo quien lo encontrara, no sé, quizás, sin pensarlo, sería yo quien lo asesinaría.

Pero no he terminado de mencionar lo que ocurrió esa noche. Ahí estaba, siguiendo a Rojo bajo la lluvia. Caminé tras él durante unos veinte minutos. Nunca volteó hacia atrás a pesar de tener mis ojos expectantes a su espalda. Una ventaja fue que Rojo no tomara ningún transporte, porque entonces no sabría disimular el acoso. Sin embargo, ahora que lo pienso detenidamente, muy seguramente, él ya sabía que lo estaba siguiendo. En cada momento, tuve la oportunidad de dar marcha atrás y desistir, pero estúpidamente no lo hice. Llegué a creer por un instante que no era yo quien perseguía sino quien estaba siendo llevado.

Recorrí toda la calle de San Pablo. Traté de no distraerme demás en cualquier cosa al mantener el lento ritmo en

el que andaba Rojo para no acercármele demasiado, sorteando para no estorbar en la maniobra de los comerciantes al retirarse junto a sus mercancías y evitando cruzar miradas con alguna prostituta que se acercaba a insinuar algo cuando pasaba lentamente delante de ellas.

Continuamos el trayecto por la avenida Circunvalación en cuyo panorama se apreciaba la basura en las calles y los fierros esqueletos de los puestos. Pasamos Fray Servando y atrás de la estación de bomberos Rojo dobló a la izquierda. Yo apresuré el paso para no perderlo de vista, en el mismo instante. Por primera vez en el trayecto, sentí un titubeo de seguir adelante. Luego de pasar por unas calles solitarias de aspecto nada agradable comencé a preocuparme por cómo iba a volver, pero inexplicablemente podía más el impulso de continuar que el hecho de exponerme al peligro.

Llegamos a una unidad habitacional en una calle cuyo letrero en la esquina decía "Callejón San Nicolás". Miré a Rojo ingresar por las escaleras del edificio "A" junto al cual se encontraba un altar con la figura de la Santa Muerte. Esperé un breve momento y seguí tras él. Subí las mismas escaleras pero no supe si Rojo había ingresado en alguna de las puertas de esos departamentos. Me dejé llevar por el puro instinto, o no sé por qué endemoniadas fuerzas y continué hasta el quinto y último piso. Frente a mí encontré varias bolsas que contenían botellas de plástico aplastadas junto a una puerta entreabierta. Ese tenía que ser el lugar. Me acerqué sigilosamente y asomé la mirada al interior de la estancia. No esperaba encontrar un lugar refinado con aires de ambiente intelectual con paredes abarrotadas de libros. Tampoco me habría imaginado que no vería en esa habitación, de muros pintados de color verde botella, una mesa de comedor muy gastada frente a la cual se encontraban sentados dos pequeños, un niño y una niña, de no más de tres años cada uno y que al verme ingresar al lugar expresaran en sus rostros la sonrisa más infernal que se pueda imaginar.

Todavía no concluía con la tercera página de las cinco en total que componían el relato, cuando Alfredo escuchó el grito de la vieja al pie de las escaleras diciendo con una voz aguardentosa:

—Alfredo, ¿ya llegastes? Te hablan por teléfono.

Interrumpió moleestamente su lectura. ¿Quién lo llamaría? Si a las pocas personas con quienes se relacionaba les negaba tener teléfono en casa. Sin embargo, bajó con la pura intención de saber de quién podría tratarse para poder decirle sutilmente que no lo molestara. Entró a la sala y tomó el auricular del teléfono que se encontraba junto al sofá sobre una mesita. Con un tono enfadado contestó.

—Sí, bueno.

—Hola, Alfredo, ¿cómo estás?

—¿Quién llama? —respondió inquietado al no reconocer la voz al otro lado de la línea.

—Soy Daniel Irving. O, mejor dicho, el fantasma de Daniel Irving...